

# Loveless

## de Andrey Zvyagintsev

Paula Luchsinger

Un matrimonio ruso está en proceso de divorciarse. El padre, Boris, se ha vuelto a emparejar y tendrá un hijo con otra mujer. La madre, Zhenya, tiene una relación con un hombre mayor. El hijo de ambos, Alekséi, llora en silencio y en secreto. Este hijo aparece como el último vestigio de la relación, lo único que todavía puede unir a dos personas que se detestan. Un día, el hijo desaparece. ¿Lo secuestraron? ¿Se escapó? ¿Se ahogó? ¿Está llamando la atención? Empieza una búsqueda. Y es como si la desaparición de Alekséi abriera una puerta para hablar de los secretos y silencios más profundos de este matrimonio: se verbaliza lo indecible. En un punto no sabemos si esta desaparición es un alivio, un horror o ambas cosas al mismo tiempo. Surge la pregunta: ¿qué pasa cuando desaparece algo que nunca quisimos?

Zvyagintsev nos muestra esta tragedia familiar en el contexto de un conflicto armado entre Rusia y Ucrania, iniciado en el 2012. Una guerra que estalla entre dos países vecinos, herma-

§ Actriz. Entre sus trabajos destacan *Ema* (Pablo Larraín, 2019) y *El conde* (Pablo Larraín, 2023).

nos; una guerra que ha crecido como ya sabemos; un conflicto que no se da cuenta de las pérdidas y de las consecuencias.

La madre ahora vive en una nueva casa, muy moderna, con ventanas en lugar de paredes, junto con su pareja. En pleno invierno, vestida con el uniforme deportivo de Rusia, corre en una máquina trotadora afuera, en su balcón. Nieva. Es un movimiento repetitivo, que no lleva a ninguna parte. Trota por un tiempo y luego exhausta mira a la cámara. Y es como si de repente se acordara de Alekséi, de todo lo que pasó, como si la necesidad avasalladora de rehacer su vida escondiera siempre el recuerdo de su hijo. «Duelo se le llama a ese sentimiento en el cual quien se ha ido se hace quizás más presente que cuando aún estaba», como dice Andrea Kottow. Es como si Alekséi, quien era invisible para sus padres mientras estaba con ellos, se volviera presente a través de su ausencia.

Antes de desaparecer, el niño entra a un bosque donde hay una cinta que dice «peligro», él juega con ella y la lanza a las ramas de un árbol. La última escena de la película es esa cinta, aún en el árbol, siendo movida por el viento a pesar de que han pasado tres años de la desaparición. Nunca sabremos qué pasó con él. La cinta –que está hecha para advertir que estamos entrando a un terreno peligroso– queda en el árbol como el último vestigio del niño. Es un testimonio de que efectivamente él existió a pesar de que sus padres ya tienen otras vidas. «El paisaje entendido como el lugar en el que permanecen las huellas de la historia». Este bosque de alguna manera guarda la última memoria material de Alekséi.

La relación entre los dos se basa en el movimiento. Por un lado, el primer fotograma muestra el movimiento que no va

hacia ningún lugar: una contradicción entre querer avanzar, pero mantenerse estancada. El uso de una máquina hecha por humanos para reemplazar al acto de correr es importante. Correr implica movilizarse de un lugar a otro atravesando el espacio, lo que supone una transformación en el sujeto que corre. Hacer el «sucedáneo» de una acción es no arriesgarse a lo que esta significa. En esta acción en particular, Zhenya no atraviesa el espacio y, por lo tanto, se queda en el mismo lugar; una metáfora de su vida. Agregado a lo anterior, mostrar a la madre con el uniforme de Rusia creo que es uno de los gestos más importantes de la película: una analogía directa a la madre patria, a Rusia, un estado de alguna manera congelado, burocrático, que pareciera detenido en un tiempo intermedio.

Por otro lado, el segundo fotograma exhibe el movimiento del viento que, aunque también es repetitivo, cada vez es distinto, se trata de un movimiento vivo. La cinta de peligro nos advierte también metafóricamente de los lugares a los cuales somos capaces de entrar emocionalmente si cruzamos cierto umbral.

Pienso también que los fotogramas están en temporalidades distintas. El primero está en el tiempo de los humanos, un tiempo productivo, finito; en cambio, el segundo está en el tiempo de la naturaleza, atemporal, que no responde a terceros. En ambos fotogramas hay árboles, los que sobreviven en este clima inhóspito. Estos quizás nos hablan de la cercanía entre el presente y lo que se perdió, como si fuera la misma escenografía, como si este bosque fuera un portal.

Finalmente, toda la película constituye una crítica a Rusia: a su sistema político autoritario, a lo que significa ser familia y a la cultura de la imagen. El divorcio aparece también como

una alegoría a la guerra subyacente entre Rusia y Ucrania. A través de un matrimonio que se quiebra podemos ver mucho más: una sociedad rota, desolada, más centrada en la apariencia que en la realidad.

¿Se puede simplemente reemplazar una vida por otra? Al parecer sí, pero los fantasmas del pasado vuelven.